

La **Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano** y la Constitución de 1791 ampararon a muchos políticos que hacían uso de las páginas de la prensa, pero también permitieron el libertinaje de otros que llegaron a los peores excesos.

Los revolucionarios se consumieron, en ocasiones, unos a otros, porque reclamaban con vehemencia para sí lo que, de hecho, no estaban dispuestos a reconocer a los demás: la libertad de decir lo que pensaban.

Tras la muerte de Robespierre, comenzaron a aparecer nuevos periódicos, aunque no por mucho tiempo.

Porque desde 1796, cuando Napoleón empezó a considerarse algo más que un mero general, se estableció una pugna entre aquella prensa que tanto influía en la acción de los hombres públicos y el nuevo poder imperativo y absorbente que empezaba a formarse.

El 26 de agosto de 1796, Napoleón escribía desde Milán al Directorio, doliéndose de “cuantas cosas absurdas publicaban diariamente los periódicos de París sobre el rey de Cerdeña”, con que perjudicaban su campaña.

Napoleón añadía en su carta: “Quizá sería conveniente que un diario insertara un artículo desmintiendo estas falsedades ridículas”.

Pero el Directorio tenía a su disposición un diario, **Le Rédacteur**, de muy escasa autoridad, y la del Directorio sobre él no era mayor.

De todas maneras, Bonaparte consiguió que los que lo dirigían, publicaran este texto escrito por él mismo:

“¿Cómo se podrá alcanzar la libertad sin la Revolución, según la justa aspiración de Bonaparte, si los que están encargados de acatarla, traicionan impunemente sus intereses? Tenemos ya unos Cazalis y unos Meury, que desafían la justa indignación de los patriotas, hartos de leer, en lugar de las reuniones majestuosas de la asamblea libertadora de Italia, las sutilezas y los sofismas de abogados que cobran para mantener la prepotencia de ciertos individuos, a cambio del envilecimiento de la mayoría. Quieren encadenarnos otra vez, para corresponder a la augusta misión que les confiamos de fundar una sola nación de multitud de pueblos aplastados por la tiranía y a los que la suerte de hoy ofrece la libertad”.

“Un soberano -afirmaba-, siempre debe confiscar la publicidad en su provecho”. Y añadía: “Cuantas veces llegue una noticia desfavorable al gobierno, no debe ser publicada, hasta que se esté de tal modo seguro de la verdad, que

no tenga que ser dicha, por ser ya conocida de todo el mundo” (L. Gabriel Robinet. Citado por Alvear Acevedo, pág. 123).

El Directorio no defendía a Napoleón, por eso siguió mandando boletines desde Italia, y se publicasen o no en París, el general los insertaba en hojas sueltas en su cuartel general, y los repartía entre sus tropas.

(Esta muestra de estilo periodístico ha llevado a algunos estudiosos a considerar a Napoleón como periodista, pero otros no lo acreditan como tal por su clara manipulación y autodefensa de sus intereses).

El 15 de julio de 1797, Napoleón escribía de nuevo al Directorio:

“El ejército recibe una gran partida de periódicos que se imprimen en París, especialmente los peores. Pero esto produce un efecto contrario al que sus autores se prometen: la indignación llega al colmo entre las tropas... Voy viendo que el club de Clichy quiere pasar sobre mi cadáver para llegar a la destrucción de la república... Hay que romper las prensas (los talleres) de los periódicos vendidos a Inglaterra”.

En realidad no había razón para poner el grito en el cielo, pues era precisamente el despotismo de Napoleón el que hacía que cada vez se conociera mejor la prensa inglesa, único medio entonces de información de lo que sucedía, y al mismo tiempo los debates de las cámaras inglesas, los periódicos ingleses y hasta el idioma inglés, recurso necesario para entenderse los enemigos del Gran Corso con el único pueblo que éste no pudo vencer.

Tanto, pues, como el idioma francés, debe atribuirse al inglés el conocimiento del periódico político y de la libertad de imprenta, ya que la difusión masiva de los textos provenientes de Londres creció por estas fechas en Francia.

Napoleón, al no encontrar eco en el Directorio, fundó en Milán un periódico, y lo tituló **Le Courier d'Armée d'Italie**. Pronto le siguió otro llamado **La France vue des l'Armée d'Italie**.

En Egipto, Napoleón fundó más tarde dos periódicos: uno, **Le Courier d'Egipte**, y otro, **La Décade Egiptienne**.

El periodista, en cierto sentido, no era más que el militar que esgrimía la pluma para dejar en paz por un momento la espada. Quería a toda costa conducir a su gusto la opinión pública.

Porque decía: “Si suelto las riendas a la prensa, no me sostendré tres meses en el poder”. (L. Gabriel-Robinet, **Historia de la Prensa**, pág. 19).

Y también advertía: "Cuatro periódicos valen tanto como cien mil hombres armados". (*Historia secreta del Directorio*, citado por Edmundo González-Blanco, pág. 253).

El Directorio, el 4 de septiembre de 1797, se enfrentó a los periodistas, y sin llegar hasta la condena a muerte de aquellos que le habían atacado, los hizo deportar. Fueron 30 en total, más otros 36 que la policía pensaba libertar también en bloque, pero que recibieron indultos individuales.

Durante el Consulado (de 1799 a 1804), Napoleón redujo a trece el número de periódicos franceses, de los cuales sólo cuatro se editaron en París (**Los Debates**, el **Boletín de París**, el **Monitor** y la **Gaceta de Francia**), en tanto que sólo un diario fue autorizado para los departamentos.

De los 72 que entonces existían, sólo 13 quedaron en la palestra, a condición de firmar un compromiso de fidelidad a la Constitución.

El decreto napoleónico del 17 de enero de 1800 es hartamente significativo: confió al jefe de policía, Fouché, el cuidado de esos trece periódicos durante la guerra, recalándole que los demás eran instrumentos peligrosos en manos de los enemigos de la república.

Además, el jefe de policía podía suprimir, sin formación de proceso, los periódicos tolerados, pero que publicasen artículos contra el pacto social, la soberanía del pueblo o la gloria de los ejércitos.

Fouché hacía este trabajo con gusto, porque no quería a los periódicos ni a los periodistas. Tiempo después, caído del poder, le expresaba a un amigo su repugnancia por las **familiaridades** y las **charlatanerías** de esos individuos.

"Con una palabra atacan a un ministro, y éste necesita diez páginas para defenderse. Con una frase lanzada desde la tribuna, calientan las cabezas, y luego hace falta mucho tiempo para calmarlas. Cuando se es ministro, hay otras cosas que hacer".

Como su jefe, sabía que la mejor manera de neutralizar toda oposición era imponiendo un yugo de hierro a los periódicos y como su jefe creyó en la fuerza de la prensa.

"Si suelto las riendas a la prensa, no me sostendré tres meses en el poder", recalcó Bonaparte al día siguiente de instaurado el Consulado.

De entonces también son aquellas palabras muy suyas:

"¿Qué es un periódico? Un **club** que se esparce. Un periódico obra con sus lectores a manera de los oradores de **club** sobre su auditorio. ¿Para qué impe-

dir la propaganda que llega a cuatrocientas o quinientas personas y dejar libre la que puede alcanzar un número infinito?"

Eso explica por qué el gran chaparro, apenas en el poder, concluyó con la prensa política, estableciendo la censura, no sólo en el Imperio, sino en todas las naciones que sufrían su influencia, o lo que es lo mismo, en casi toda Europa.

No se diga en Italia, donde en el Siglo XVIII fue imposible la publicación de periódico político alguno, debido al régimen al que estuvieron sometidos los estados italianos.

Cuando se fundó en 1796 la República Cisalpina, se fundó con ella la prensa política, por la sed de libertad. Pero duró muy poco tiempo, porque cuando Napoleón se proclamó rey de Italia, restableció la censura con tal vigor, que "habiendo dicho un periódico que estaba próxima la unión del Ducado de Toscana al Imperio, su redactor (Lattanazi) fue encerrado en una casa de locos, en donde por poco pierde la razón. Finalmente el susodicho periódico fue cerrado".

Quien osara replicarle a Napoleón sus atrevimientos, le respondía que la libertad de imprenta no tenía otra base que el bagaje retórico, declamatorio y ampuloso de los "bienhechores universales" sin sentido práctico ni conocimiento de la realidad.

Los revolucionarios se tuvieron que refugiar en la tribunas de las sociedades políticas, debido al control de los periódicos.

Y la sociedad, en cierta forma, consentía los arrebatos de Napoleón y sus medidas arbitrarias contra los periódicos, por la intemperancia de éstos, su desacierto, ineptitud y torpeza en dar al viento de la publicidad lo que constituía la base de las operaciones del ejército, la seguridad de su existencia y el éxito de la campaña.

Tampoco transigía con sus apasionados juicios en política internacional, que hacían estériles los sacrificios de los que, en aras del deber, se veían obligados a mantener el honor nacional.

Por aquel entonces, Napoleón escribía a Fouché: "Quisiera que los redactores de periódicos permitidos, fuesen muy allegados a mí".

Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, no lo lograba.

La clásica **Gazette de France** de Renaudot, que había decaído mucho en un tiempo y que mejoró notablemente, se atrevió a subírsele a las barbas a Bonaparte.

El 2 de octubre de 1801 se permitió burlarse de su disposición consular (contra la prensa). Pagó caro su osadía.

Le costó, obviamente, ser suprimida del mercado periodístico.

En 1805, Napoleón requería a Fouché para que evitase que los periódicos, no ya publicasen, sino que ni siquiera diesen a conocer, indirecta o embozadamente, noticias desfavorables al gobierno constituido.

Bonaparte quiso sustituir con **Le Moniteur** aquella prensa condenada al silencio, por tratar de hacer sensacionales todas las noticias, por burlarse del derecho de los ciudadanos, por haber llegado a creer que la ley nada tenía que ver con ella y por haber convertido la libertad de prensa en libertinaje y en calumnia pública.

Los artículos de Napoleón en **Le Moniteur** son, según varios eruditos, obras maestras de razonamiento, elocuencia y estilo.

A la vez, aprovechaba las páginas de **Le Moniteur** para insertar desmentidos oficiales permanentemente.

Véase un ejemplo:

“**L’Ami des Lois** dice que el primer cónsul Bonaparte acaba de disponer una fiesta que costará 200,000 francos. Es falso. Bonaparte sabe que con esa cantidad se mantiene una brigada medio año”.

En cierta ocasión, ya bajo el Imperio (de 1804 a 1814), estando Napoleón en Madrid, mandó unas banderas tomadas a los españoles. El hecho fue muy celebrado en París, y la Cámara de Diputados fue a ofrecer con este motivo sus plácemes a la emperatriz Josefina.

Esta, algo emocionada y poco conocedora del derecho público, respondió que agradecía la visita de una asamblea que representaba a la nación.

Le Moniteur reprodujo inocentemente las palabras de Josefina, y al leerlas el emperador, desde España mandó insertar esta rectificación solemne: “Su majestad la emperatriz no dijo nada de eso. Conoce perfectamente nuestra Constitución, y sabe muy bien que el primer representante de la nación es el emperador, y después del emperador viene el Senado, luego el Consejo de Estado y luego la Cámara de Diputados”.

Napoleón le ponía una gran atención a toda la prensa y no se quedaba callado cuando había que contestar a los periodistas, que a veces le hacían caer

en su juego, con provocaciones que lo hacían verse mal y ridículo. Por ejemplo, en 1805, por la mera sospecha de que los dueños de **El Diario de los Debates** eran realistas, expidió un decreto para cambiarle el título a **Diario del Imperio**, y se nombró un redactor en jefe.

Sin embargo, deseando apoderarse de los productos del periódico (que en aquel tiempo vendía 32 mil ejemplares), el 18 de febrero de 1811 apareció otro decreto, por el que Napoleón se declaraba propietario del diario, no recibiendo los dueños ninguna clase de indemnización por la imprenta, muebles de la redacción, dinero que había en la caja y demás de que se les despojaba.

Todo fue dividido en 24 acciones, de las cuales 16 las repartió el emperador entre sus familiares, y las 8 restantes las destinó a aumentar el presupuesto de la policía imperial (Fuensanta del Valle, **Historia del periódico político**, 30. Citado por Edmundo González-Blanco, pág. 163).

Y aun en estas circunstancias, **El Monitor** escribía en enero de 1806: “No hay censura en Francia en absoluto... La libertad de la prensa es la primera conquista del siglo. El Emperador quiere que sea conservada”.

Pero la fea realidad desmentía las palabras bonitas, sobre todo seis años después, cuando el rigor fue cada vez más en aumento, hasta 1814. Los periódicos reciben del gobernante las más diversas órdenes. Se trata, con frecuencia, de imponer silencio acerca de tal o cual anuncio; pero otras veces indica el tema a tratar, la manera como debe tratarse, las burlas que deben ridiculizar a tal o cual enemigo.

Naturalmente hay que hablar mal de Inglaterra. Debe demostrarse que está en una posición vergonzosa; que persigue a los católicos irlandeses y que es digna de caricaturas, villancicos, canciones, etc.

Vemos, pues, que Napoleón concluyó con la libertad de prensa y con el periódico político, apresurándose a suprimir todos los medios de información que servían para dar unidad a la conciencia pública de los países en que dominaba.

En otra de sus cartas a Fouché, enfatizaba: “Decid a los redactores que, aunque lejos, leo los periódicos, y que si continúan en ese tono, saldaré sus cuentas. Decidles que no he de juzgarles por el mal que hayan hecho, sino por el poco bien que hicieren. Cuando ellos presentan a Francia vacilante y a punto de ser atacada, he de juzgar que no son franceses ni dignos de escribir en mi reino... Conservaré a mi lado, no a los que me alaben, que no pido elogios

a nadie, sino a aquellos que conserven un carácter varonil y un corazón francés...”

Hacia el fin de su reinado, expresaba: “Lo que hice, debí hacerlo, porque no había más que yo entero, para suceder a la Revolución y ocupar su lugar”.

Frase sincera -según aquellos que lo siguen admirando-, dado que él no encontró a nadie mejor para guerrear, para gobernar y para escribir periódicos. “Nadie entre sus contemporáneos puso en la pluma de polemista rápido, el genio que él ponía en todas sus cosas”, afirma Beanier, en **Napoleón periodista**. (1o. de agosto de 1918).

Siempre creyó poder unir el poder de la prensa al poder público para hacer de Francia una nación ejemplar. Pero si bien es cierto a los periódicos los creía influyentes, a los periodistas los consideraban despreciables.

Comprobando la existencia de un poder que suponía estaba en malas manos, soñaba constantemente en apoderarse de esas armas, unas veces haciendo redactar a su gusto los periódicos, y otras creando órganos oficiales para enfrentarlos a los de sus enemigos y detractores.

Cuando dijo que “cuatro periódicos valen tanto como cien mil hombres armados”, quizá no previó que sería víctima de sus propias expresiones.

Llamaba la “quinta gran potencia” al **Rhein Merkur**, desde cuyas columnas el valiente escritor católico Görres lanzaba frases de fuego que encendían el ardor patriótico en el alma de los alemanes, y levantaban al país en masa contra el enemigo.

Ese periódico fue, efectivamente, quien le aniquiló en Waterloo, más que los ejércitos de los aliados.

4.- LA CARTA CONSTITUCIONAL

Finalmente, la caída del Imperio en 1814, trajo consigo la reaparición del periódico político, y desde entonces, y con alternativas de libertad y persecución, de prosperidades y desaciertos, el periodismo siguió su ruta, para consolidarse en el gusto de la gente y hacer de la lectura diaria una costumbre.

Pero era un periodismo al servicio de las ideas dominantes, fiel a los puntos de vista de los grupos que, en la vida pública o en la cultura y el arte, querían exponer su criterio y ganar una posición, pero sin prescindir de lo noticioso.

Lo anterior significa -asegura Alvear Acevedo- que la noticia contó, pero contó generalmente como base para el juicio, y el juicio solía tener una fundamentación doctrinal a la que el periódico se apegaba. (Pág. 150).

La prensa francesa -asegura el autor de **Breve Historia del Periodismo**- tuvo que resentir, empero, como la de casi todos los países europeos, la influencia de la Santa Alianza, firmada el 26 de septiembre de 1815 por Rusia, Austria y Prusia, para evitar cualquier aspiración nacionalista en Europa.

Esas frecuentes limitaciones a su acción, sin embargo, terminaron cuando la Carta Constitucional, aprobada por Luis XVIII (fue rey de Francia de 1814 a 1824), consagró la libertad de imprenta y abrió las puertas a un cierto auge del periodismo polémico y literario.

Hombres de letras famosos les dieron prestigio, por su pluma, a los periódicos, y hubo momentos de gran conmoción a instancias suyas; como ocurrió con Chateaubriand, Constant, Lamartine, etc., que eran muestras de cómo Francia se precipitó toda entera hacia las discusiones de la tribuna y de la prensa.

Los altibajos de la situación dejaron estelas de polémica, de persecución y de recio combate de ideas, añade Alvear Acevedo (pág. 151).

Y si con Luis XVIII el estado de cosas permitió cierta tolerancia, con su hermano, Carlos X, la censura y las represiones exacerbaban los ánimos hasta producirse la revolución de julio de 1830, que hizo posible, con Thiers como cabeza directora desde los planos periodísticos, la caída no sólo del régimen sino también de la casa reinante.

La nueva monarquía, de Luis Felipe de Orleáns, reconoció en una nueva Carta que todo francés tenía el derecho de publicar y de hacer imprimir sus opiniones, conformándose con las leyes, aunque en la práctica, los desafueros de la misma prensa llevaron a no pocos ministros del rey a iniciar procesos contra otros tantos periodistas.

Sólo un año, en 1833, hubo 411 procesos contra la prensa, con 143 condenas que consistían, unas, en prisión, y otras en multas de mayor a menor cuantía.

Fue entonces cuando sobresalió el grupo que representó la vigorosa corriente del “catolicismo liberal” de su época, con Felicité de Lamennais y Lacordaire, entre los más conocidos.

El primero desembocó en la apostasía sin que lo siguieran sus discípulos, cuando llegaron las llamadas de atención desde Roma.

Y así, Francia llegaría con ventura al nacimiento de la prensa de masas, aunque poco más de una década después tendría que sortear de nueva cuenta las restricciones de las leyes durante la guerra de 1848.

Eso no obstó para que en tierra gala se popularizara la prensa barata.

CAPITULO

V

Las innovaciones técnicas elevaron tirajes y abarataron el precio de los periódicos

En este capítulo dejaré constancia del avance de los nuevos sistemas de impresión a principios de 1800, y el desarrollo de otras técnicas elementales, sin los cuales no se hubiera alcanzado la etapa de la prensa de masas.

Hubo otros hechos concatenados, muy importantes, que permitieron la revolución del periódico de aquella época. Sin embargo, es indiscutible que el abaratamiento de cada ejemplar y la facilidad de llevarlo a más clientes, fue producto del mayor volumen de impresos y de la rapidez en producirlos.

Y aquí destaca el hecho histórico del 29 de noviembre de 1814, cuando **The Times** de Londres inauguró su prensa de vapor, lo cual hizo posible uno de los primeros grandes tirajes.